

la hiere con la manecilla? ¿cuando la mira con risa? ¿cuando gorjea? Pues cuando se le anuda al cuello, y la besa, pareceme que aún la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe; y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que le sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor; ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir, se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño, sea en ella, y de su rostro de ella se figure el rostro de él: la piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber con todos los demás bienes, que le hemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience á imprimir en el alma tierna de él con los ojos, y con los semblantes: y ame, y desee, que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos. Porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue:

§. XIX.

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo es menester que esté adornada de muchas perfecciones.

Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subiste sobre todas.

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por *riquezas* habemos de entender, no sólo los bienes de la hacienda, sino también los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto de esta virtud; ó por decirlo más brevemente, *riquezas* aquí se toman por esta virtud conyugal puesta en su punto. Y dice Salomón que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas, ella es la más buena. Lo cual dice ó escribe Salomón que lo dirán, conforme á la costumbre de los que loan, en lo cual es ordinario, lo que es loado, ponerlo fuera de toda comparación, y más cuando en los que alaban se ayunta á la

razón la afición. Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género, tiene aquesto que, si lo miramos con atención, hinche así la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. O digamos de otra manera, y es, que no se hace la comparación con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra muy bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular, que fué tal como aquí se dice, sino es el dechado, y como la idea común que comprende todo este bien: y no es una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, esa misma perfección: y así no se compara con otra perfección de su género, porque no hay otra, y en ella está toda; sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otra, que no es ella, ni es virtud. Como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece. Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio; y quien no atendiere bien, creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él. Y esto por diferentes maneras. Porque unas, si son caseras, son avarientas. Otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan. Unas crían los hijos, y no curan de los criados. Otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de esta perfección que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen de ella: porque no es cosa que se vende por partes. Y aún hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razón, sino por inclinación ó por antojo: y así son movedizas, y no conservan siempre un tenor, ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raíz, y no nace, ni mana, sino es de una fuente que es la que se declara en lo que se sigue.

§. XX.

De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia y aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios.

Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura: la mujer que teme á Dios esa es digna de loor.

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma; las cuales todas se comprenden en la Escritura debajo de esto que llamamos temer á Dios. Mas aunque este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestión lo que de la belleza corporal dice aquí el Sabio, cuando dice que es vana y que es burlería. Porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquella á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquella que deben buscar y escoger los maridos que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó fea una mujer, es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad, ni de que se puede poner ley, ni mandamiento á las buenas mujeres. Mas como la hermosura consista en dos cosas, la una que llamamos buena proporción de figuras, y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo limpio no hay nada hermoso; aunque es verdad que ninguna si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve, en que muchas lo procuran y en que ninguna de ellas sale con ello; pero lo que toca al aseo y limpieza, negocio es que la mayor parte de él está puesta en su cuidado y voluntad, y negocio de cualidad que, aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto de ellas é indicio grande de la limpieza y buen concierto que hay en el alma, el cuerpo limpio y bien aseado. Porque así como la luz encerrada en la linterna la esclarece, y traspasa, y se descubre por ella, así el alma clara y con virtud resplandeciente, por razón de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar íntimamente unida con él, le es-

clarece á él, y le figura, y compone, cuanto es posible, de su misma composición y figura. Así que si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado, y limpio, y aseado. A lo ménos es cuidado necesario en la mujer, para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella; si ya no es él por ventura tal, que se deleite y envicie en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer á su lado siempre, en la mesa donde se sienta para tomar gusto, y en la cama que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco, que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin tapar las narices? O ¿cómo será posible que se allegue el corazón á lo que naturalmente aborrece y rehuye el sentido? Será sin duda un perpétuo y duro freno al marido el desaseo de su mujer, que todas las veces que inclinare ó quisiere inclinar á ella su ánimo, le irá deteniendo, y le apartará, y como torcerá á otra parte. Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente, y la limpieza de ella, olerá á la mujer á cuyo cargo está su aliño y limpieza: y cuanto ella fuere aseada ó desaseada, tanto así la casa, como la mesa y el lecho, tendrá de sucio ó de limpio. Así que de esto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea, como las demás partes de ello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color y figuras, ni está en la mano de la mujer tenerla, y así no pertenece á aquesta virtud; ni por ventura conviene al que se casa, buscar mujer que sea muy aventajada en belleza. Porque aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son muy hermosas. Bien dijo acerca de esto el poeta Simónides (1):

Es bella cosa al ver la hembra hermosa,
bella para los otros, que al marido
costoso daño es, y desventura.

Porque lo que muchos desean, hase de guardar de mu-

(1) Apud Stobæum Serm. LXXIII.

chos, y así corre mayor peligro: y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo, que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una de ellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía, que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado: y que buscando el hombre mujer para descuidar de su casa, la tome tal que le atormente con recelo todas las horas que no estuviere en ella. Y no sólo esta belleza es peligrosa, porque atrae á sí, y enciende en su codicia los corazones de los que la miran, sino también porque despierta á las que la tienen á que gusten de ser codiciadas. Porque si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen, no querrán vivir escondidas. Demás de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razón el desear que nos seanpreciadas y estimadas, y es señal que es una cosa preciada cuando muchos la desean y aman: y así las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Así que quien busca mujer muy hermosa, camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo á fuera y se les pone á los ladrones delante los ojos: y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto solo hace que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor. Porque en la mujer semejante, la ocasión que hay para no ser buena por ser codiciada de muchos, esa misma hace en muchos grande sospecha de que no lo es: y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algún tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres: mas ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor? ¿Cuán presto se acaba? ¿Con cuán ligeras ocasiones se marchita? ¿A qué peligros está sujeta? ¿Y los censos que paga? *Toda la carne es heno*, dice el Profeta (Isai., cap. xi, v. 6), *y toda la gloria de ella*, que es su hermosura toda, y su resplandor, *como flor de heno*. Pues bueno es que por el gusto de los ojos, ligero y de una hora, quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado

en que ha de perseverar cuanto le perseverare la vida: y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará de manera que aunque le pese algún día, y muchos días conozca sin provecho, y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aquí dice de este su perfecto dechado de mujeres, el Espíritu Santo: *Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura: la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada*. Porque se ha de entender, que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raíz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que sólo puede hacer y hace que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda, nunca llega á colmo, y por bueno que parece, se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, según el estilo de la Escritura sagrada, no sólo el afecto del temor, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que en una palabra llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raíz Salomón á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postrero; que ántes, como decimos, el principio de todo este bien es ella; sino lo uno, porque temer á Dios, y guardar con cuidado su ley, no es más propio de la casada que de todos los hombres. A todos nos conviene meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y afición, porque sin él ninguno puede cumplir, ni con las obligaciones generales de cristiano, ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, dícelo al fin, por dejarlo más firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios, no solamente lo ha de entender por primero, sino también por postrero. Quiero decir que comience, y demedie, y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios, y en Dios, y por Dios: y que haga lo que conviene, no sólo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente, por agradar á Dios que se las da. Por manera que el blanco adonde ha de mirar en cuanto hace, ha de ser Dios, así para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él. Porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno:

y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es cierto, que una empresa tan grande, y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones como es satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo, ni aun medianamente, sin que Dios proveyese de abundante favor. Y así el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino también porque le es necesario: porque las que por aquí no van, siempre se pierden, y demás de ser malas cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada día. Unas se esfuerzan por temor del marido, y así no hacen bien más de lo que han de ver y entender. Otras que trabajan porque le aman y quieren agradar; en entibiándose el amor, desamparan el trabajo. A las que mueve la codicia, no son caseras, sino escasas, y demás de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes de las que pertenecen á su oficio, y así por una muestra de bien, no tienen ninguno. Otras que se inclinan por honra, y que aman el parecer buenas por ser honradas, cumplen con lo que parece y no con lo que es: y ninguna de ellas consiguen lo que pretenden, ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los días mudan los intentos y pareceres. Porque caminan, ó sin guía, ó con mala guía; y así aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al revés las que se ayudan de Dios, y enderezan sus obras y trabajos á Dios, cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo: y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con gusto y deleite, porque Dios les da fuerzas; y perseveran en él, porque Dios persevera; y son siempre unas, porque el que las alienta es el mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guía; y crecen en el camino, y van pasando adelante, y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud; y finalmente ellas son las que consiguen el precio y el premio, porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven. Y el premio es el que Salomón, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue:

§. XXI.

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aun en este mundo.

Dadle del fruto de sus manos, y léenla en las puertas sus obras.

Los frutos de la virtud, quiénes y cuáles sean, San Pablo los pone en la epístola que escribió á los Gálatas, diciendo (Galat., cap. v, vv. 22, 23): *Los frutos del Espíritu Santo son amor, y gozo, y paz, y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y fe, y modestia, y templanza, y limpieza.* Y á esta rica compañía de bienes, que ella por sí sola parecía bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere, y manda que se den á la buena mujer, y los que llama fruto de sus manos, esto es, de sus obras de ella. Porque aunque todo es don suyo, y el bien obrar, y el galardón de la buena obra; pero por su infinita bondad quiere que porque le obedecemos y nos rendimos á su movimiento, se llame y sea fruto de nuestras manos é industria, lo que principalmente es don de su liberalidad y largueza. Veán, pues, agora las mujeres, cuán buenas manos tienen las buenas, cuán ricas son las labores que hacen, y de cuán grande provecho. Y no sólo sacan provecho de ellas, sino honra también; aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo: la honra es una singular alabanza en la tierra. Y así añade: *Y léenla en las plazas sus obras.* Porque mandar Dios que la loen, es hacer cierto que la alabarán: porque lo que él dice se hace, y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice *en las plazas*, porque no sólo en secreto y en particular, sino también en público, y en general sonarán sus loores como á la letra acontece. Porque aunque todo aquello en que resplandece algún bien es mirado ypreciado, pero ningún bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfacción, como una

mujer perfecta; ni hay otra cosa en que, ni con tanta alegría, ni con tan encarecidas palabras, abran los hombres las bocas, ó cuando tratan consigo á solas, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas en público. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discreción, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta. Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejor de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico: no olvidan sus limosnas, repiten cómo amó y cómo ganó á su marido: encarecen la crianza de los hijos y el buen tratamiento de sus criados: sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban. Dicen que fué santa para con Dios, y bienaventurada para con su marido: bendicen por ella á su casa y ensalzan á su parentela, y aun á los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos: y como á la santa Judith (Judith., cap. xv, v. 10), la nombran *gloria de su linaje y corona de todo su pueblo*: y por mucho que digan, hallan siempre más que decir. Los vecinos dicen esto á los ajenos, y los padres dan con ella doctrina á sus hijos, y de los hijos pasa á los nietos, y extiéndese la fama por todas partes creciendo, y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras: y no le hacen injuria los años, ni con el tiempo envejece, antes con los dias florece más: porque tiene su raiz junto á las aguas, y así no es posible que decaezca, ni ménos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo: ni en manera alguna es posible que muera el loor de la que todo cuanto vivió, no fué sino una perpétua alabanza de la bondad y grandeza de Dios, á quien sólo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Amen.

CAPÍTULO ÚLTIMO

DE LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN EN TERCETOS (1).

El sabio Salomón aquí pusiera
lo que para su aviso, de recelo
su madre, y de amor llena le dijera.

¡Ay hijo mio! ¡Ay dulce manojuelo
de mis entrañas! ¡Ay mi deseado,
por quien mi voz continuo sube al cielo!

Ni yo al amor de hembra te vea dado,
ni en manos de mujer tu fortaleza,
ni en daño de los reyes conjurado.

Ni con beodez afees tu grandeza,
que no es para los reyes, no es el vino,
ni para los jueces la cerveza.

Porque en bebiendo olvidan el camino
de fuero (2), y ciegos tuercen el derecho
del oprimido pobre, y del mezquino.

Al que con pena y ansia está deshecho,
aquel dad vino, vos, la sidra sea
de aquel á quien dolor le sorbe el pecho.

Beba, y olvídese, y no siempre vea (3)
presente su dolor adormecido,
húrtese aquel espacio á la pelea.

Abre tu boca dulce al que afligido
no habla, y su tratar sea templado
con todos los que corren al olvido.

Guarda justicia al pobre, y al cuitado,
amparo halle en ti el menesteroso,
que así florecerá tu grande (4) estado.

Mas ¡oh si fueses, hijo, tan dichoso
que hubieses por mujer hembra dotada
de corazón honesto y virtuoso:

(1) Nos ha parecido coronar la *Perfecta Casada* con la traducción en verso del último capítulo de los *Proverbios*, por el mismo autor, ya que esta obra no es más que un comentario en prosa del mismo capítulo desde el verso 10 en adelante. Véanse las págs. 422 y 423. Se ha corregido por los mejores Mss.

(2) Mss. *Del fuero*.

(3) Mss. *Sea = presente á su dolor*.

(4) El impreso decía: *tu casa estado*.

Ni la perla oriental así es preciada,
ni la esmeralda que el Ophir envía,
ni la vena riquísima alejada.

En ella su marido se confía
como en mercadería gananciosa:
no cura de otro trato ó granjería.

Ella busca su lino hacendosa,
busca algodón, y lana, y diligente (1)
despierta allí la mano artificiosa.

Con gozo y con placer continuamente
alegra, y con descanso á su marido;
enojo no jamás, ni pena ardiente.

Es bien como navío bastecido
por rico mercader, que en sí acarrea
lo bueno que en mil partes ha cogido.

Levántase, y apenas alborea,
reparte la ración á sus criados,
su parte á cada uno, y su tarea.

Del fruto de sus dedos y hilados
compró un heredamiento, que le plugo,
plantó fértil majuelo en los collados.

Nunca el trabajo honesto le desplugo,
hizo sus ojos firmes á la vela,
sus brazos rodeó con fuerza y jugo.

Esle sabroso el torno, la aspa y tela,
el adquirir, la industria, el ser casera:
de noche no se apaga su candela.

Trae con mano diestra la tortera,
el huso entre los dedos volteando
le huye, y torna luégo á la carrera.

Abre su pecho al pobre, que llorando
socorro le rogó, y con mano llena
al falto y al mendigo va abrigando.

Al cierzo abrasador que sopla, y suena,
y esparce hielo y nieve, bien doblada
de ropa su familia está sin pena.

De redes que labró tiene colgada
su cama, y rica seda es su vestido,
y púrpura finísima preciada.

Por ella acatado es su marido,
en plaza, en consistorio, en eminente
lugar por todos puesto y bendecido.

Hace también labores de excelente

(1) El impreso: *y lana diligente = despierta.*

obra para vender, vende al joyero
franjas tejidas bella, y sutilmente.

¿Quién contará su bien? Su verdadero
arreo (1) es el valor, la virtud pura:
alegre llegará al día postrero.

Cuanto nace en sus labios es cordura,
de su lengua discreta cuanto mana
es todo piedad, amor, dulzura.

Discurre por su casa, no está vana,
ni ociosa, ni sin que ya se le deba,
se desayunará por la mañana.

El coro de sus hijos crece, y lleva
al cielo sus loores, y el querido
padre con voz gozosa los aprueba.

Y dicen (2): muchas otras han querido
mostrarse valerosas, mas con ella
compuestas, como si no hubieran sido.

Es aire la tez clara como estrella,
las hermosas figuras burlería:
la hembra que á Dios teme, esa es la bella (3).

Dadle que goce el fruto, el alegría (4)
de sus ricos trabajos: los extraños,
los suyos por (5) las plazas á porfía
celebren su loor eternos años.

(1) El impreso: *vestido.*

(2) El impreso: *dice.*

(3) Mss. *Aquesa es bella.*

(4) Mss. *Dalde que goce el fruto, la alegría.*

(5) Mss. *En las plazas.*